

LOS BOTONES DE LA VIDA

¿Qué ocurre cuando das demasiadas vueltas a un botón? Que acaba cayéndose. No importa lo bueno que fuera el hilo con el que se cosió, el empeño que se puso o tan siquiera su color y forma. Todo acaba cediendo, y Julia lo había comprobado al descubrir que el botón de su camisa no había podido resistir la tensión de sus recuerdos.

Al caer, el botón emprendió un serpenteante itinerario por el suelo del vagón y, cautivada por su destino, Julia lo siguió con su mirada hasta descubrir cómo un impoluto zapato entorpecía en su camino. El siguiente recorrido por el que optaron sus ojos podría tacharse de un tanto osado; comenzando desde las pantorrillas del propietario del zapato, atravesando las costuras de su camisa y aterrizando en su mirada. Lo cierto es que un itinerario tan connotado haría a muchos alarmarse, pero Julia nunca fue una persona impetuosa y, mucho menos, intimidante.

Durante el viaje que emprendió meses atrás, ya eran muchas las cosas que sentía que había perdido, por lo que sumar un botón a la lista no lo contemplaba como una opción. Tras abrirse paso entre pisotones, equipajes y miradas de desdén, las ruedas del ferrocarril cesaron en su labor con tal fuerza que Julia aterrizó sobre el hombre de cuya mirada no había logrado aún desprenderse. Mientras los pasajeros pegaban sus mejillas a la ventana más cercana, Julia se recomponía de su estrepitosa caída al tiempo que enunciaba una retahíla de *perdones y lo sientos*.

El tren no tardó en reanudar de nuevo su marcha sin dar demasiadas explicaciones y, al tiempo que el resto de los viajeros volvían a sus asientos, Julia decidió aceptar la propuesta de aquel hombre de sentarse junto a él. Una proposición tan repentina podría resultar dudosa para cualquiera, pero desde hacía rato Julia deseaba romper el incómodo silencio en el que se había sumergido el vagón. Y, aunque las ruedas del tren se le habían adelantado, nada le hacía dudar que los pasajeros no tardarían en ensimismarse de nuevo con sus pantallas.

La conversación no se puede saber dónde comenzó y, apenas, dónde acabaría, pero la pericia de Julia siempre le sirvió para dar con nuevas historias con las que llenar las páginas de su libreta. Desde hacía meses viajaba en búsqueda de respuestas sin saber muy bien cuáles eran las preguntas. Había conocido lugares insólitos, personas admirables e historias cautivadoras, pero nada parecía saciarla.

El hombre, por el contrario, parecía de lo más apaciguado y, aunque ya eran muchas las paradas que habían sorteado y otras tantas las palabras que habían intercambiado, Julia sentía que no sabía nada sobre él. Recordaba a la perfección la estación en la que se había subido al tren. Nadie había aguardado bajo su ventana despidiéndose con ahínco como en esas películas que tan mal nos tienen acostumbrados. La soledad parecía su mejor acompañante y entre su equipaje tan solo se podía distinguir una maleta bastante desgastada. Lo

cierto es que esa soledad era algo que ambos compartían por mucho que Julia quisiera omitir.

Pero la tristeza en la mirada de Julia no pasó desapercibida para aquel misterioso viajante que no vaciló en preguntarle al respecto. Convencida de que el mundo albergaba fábulas que volcar en sus novelas, Julia había encadenado trenes perdiendo el rumbo y, lo más importante, olvidándose de quienes todavía la esperaban. Ahora, la presión sobre su botón había sido reemplazada por una fina pulsera de plata en la que todas sus frustraciones parecían encontrar cobijo. De su amuleto colgaba una pequeña medalla en la que se podía leer tímidamente 'mamá'. Fue en ese preciso instante en el que menos palabras se utilizaron, cuando con más claridad se explicó.

El señor, que tan plácidamente había compartido su trayecto, se levantó de su asiento para sacar de su bolsillo trasero su cartera. Al abrirla, llamaba imperiosamente la atención una nota que era evidente que ocupaba un espacio acorde a su valor. El hombre la extrajo con delicadeza y se la entregó a Julia, quien intrigada la leyó con detenimiento: «Hay días en los que abro todas las ventanas tratando de aprovechar cada resquicio de luz, que me tumbo en el jardín para intentar sentir el olor de la primavera y que solo me retiro cuando la luna da su voz de alarma. Pero hay otros días en los que te preguntas cuándo dejará de brillar el sol. Que le culpas del nuevo día que empieza, cierras todas las persianas y aguardas con desesperación la llegada de su sucesora. En mi vida reinan estos días, y como me resulta insufrible esperar a que el Sol decida renunciar a su protagonismo en virtud de mis plegarias, yo me retiro como espectadora».

Al levantar la mirada del papel, el hombre sostenía su maleta, listo para apearse en la siguiente parada y antes de emprender su camino le dedicó unas últimas palabras a Julia: «No podemos retener a las personas, pero sí podemos quedarnos con su recuerdo. Mi mujer creyó que ya había consumido todo el tiempo que necesitaba y, aunque a veces el corazón me golpee con fuerza, trato de no darle demasiadas vueltas porque sé que si lo hago seré como un botón y acabaré cayéndome».